

PEDRO SALINAS
CARTAS
A KATHERINE WHITMORE (1932-1947)

Edición de Enric Bou

1.ª edición en Tusquets Editores: abril de 2002
1.ª edición en esta presentación: febrero de 2016

© Herederos de Pedro Salinas, 2002

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-236-6
Depósito legal: B. 100-2016
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

- P. 9 Razones de amor. Las cartas de Pedro Salinas
a Katherine Whitmore, *por Enric Bou*
37 Nota a la edición
39 Cartas a Katherine Whitmore (1932-1947)

Apéndices

- 377 La amada de Pedro Salinas
385 Notas
399 Índice y relación de cartas
403 Índice onomástico

1

[Manuscrita]

[Madrid, 1 de agosto de 1932]

Desgarramiento. Una mujer, una Katherine, se queda allí, metida en aquel cajón de madera, entre seres desconocidos, frente a una noche triste e incógnita. Allí hay que dejarla. Fatalmente. Y la otra mujer, la otra Katherine, permanece invisible y presente a mi lado, se viene conmigo, alegremente colgada de mi brazo, mirándome en la mirada noble, pura y honda de siempre. No, en la estación, en la despedida, no hay una separación simple de ser con ser, no, cada uno de nosotros nos separamos no de la otra criatura querida sino también de aquella parte nuestra que ella quiere y que se va con ella. ¿Verdad que anoche tú no te has separado de mí, ni yo de ti? Más bien yo me he separado de mí mismo, eso siento, y tú de ti misma. Y tengo, anoche, hoy, la sensación de andar entre fantasmas y sombras, con alguien al lado, a quien no puedo estrechar, pero que vive en torno mío, y se me escapa cada vez que quiero cogerlo. Sensación angustiosa y dulce a la vez, caricia desgarradora. Además, qué pena anoche, aquellos momentos últimos, atropellados por la estupidez y el desorden. ¡Qué ira sentí contra toda aquella gentuza innoble, qué ganas de látigo, de echarlos a todos, de hacerte sitio, un gran sitio, un tren sólo para ti! Al salir, todos mis sentidos se complacían, ¿sabes en qué? En sentir en el bolsillo, junto al pecho, el bulto de tu carta. ¡Qué mentira eso de que el papel no pesa! Anoche el papel de tu carta me pesaba como la más hermosa y grave de las realidades. Lo sentía allí, en el bolsillo, como una prueba material de que eras, de que habías existido. Porque, ¿sabes?, empecé a dudar. A dudar de todo, de tu realidad, de la mía, del mundo, de los días recientes... Sólo el peso de tu carta en el bolsillo me servía de prenda, de prueba. Vivía yo en ese rectángulo

de papel. Era el lugar más cierto del mundo. Y antes de poder abrirla, así, cerrada y en el bolsillo, tu carta era el puente con la vida, el sí que me daba la vida a la pregunta atormentada: «¿Soy? ¿Es? ¿Somos?». Sí, sí, sí. Todo, sí. Todo, sí, oye, todo sí.¹ Y luego en mi cuarto la leí. La he leído. La leeré. ¡Cuántas delicias! Primero la delicia de ir aprendiendo tu escritura, tu letra, de tropezar en una palabra y descifrarla, por fin. ¡Tu escritura, un modo más de ti, una manera más de vivir tú! Primera carta tuya, en inglés. Júbilo, júbilo, alegría. ¡Sensación festival, inaugural, de promesa, de fiesta! No importa que toda tu carta esté teñida de una sombra de melancolía, tierna y suave. Así debía ser, así. Pero por encima de esa melancolía, hay algo que me da un gozo sin límite. Esto. «*You have taken away the cynicism which was growing upon me.*»² ¿Es posible? ¿Tendré yo la suerte de ser elegido para en un momento difícil de tu vida salvarte de algo? ¡Qué gran justificación, ya, de mi papel a tu lado, de mi compañía! Ya no es por egoísmo por lo que debo seguirte a lo lejos en la vida, es por bien tuyo. Soy capaz de serte espiritualmente útil. Y me preparo, ¿sabes?, ante esta espléndida tarea: ayudarte a vivir, arrancarte de las fuerzas negras, de los poderes sombríos que te amenazaban. Y eso por ti, no por mí, ¿sabes? ¡Oh, si tú me hicieras ese favor, dejarme que te sirva! Qué cosa más justa, que tú, que no imaginas tal entusiasmo por la vida, recojas, devuelto a través de mí, ese entusiasmo que es tuyo. No, no, tú no has nacido ni para el escepticismo cínico, ni para la frivolidad desengañada, no. No te rindas nunca a eso. No te puedo imaginar paseando tu *spleen*, por terrazas de grandes hoteles, con cualquier ser insignificante. Nunca. Cree en ti, cree en tu valor único, en tu distinción suprema, en la nobleza de tu alma. Y vive de ella. Yo de lejos, de cerca, te ayudaré. Hasta que no me necesites más. Y mira, no tengas temor, oye, de quitar a nadie nada, queriéndome, no. ¡Me lo dices tan delicadamente en tu carta! No, yo no soy ni seré peor para nadie por ti, no. Lo que tú me pides, lo que yo te doy en nada atenta a lo que debo a los demás. Tú en mí no serás nunca nada malo, nada que robe algo a alguien, no. No tengas miedo. Seré cada día mejor. Tú me has alumbrado una nueva riqueza y por eso lo que a ti te doy a nadie se lo quito. ¿Comprendes? Nunca sufras por eso. Eres pura, leal, clara. De ti sólo puede venir luz alta, luz de paraíso.

[Sin firma]

[En los márgenes]

Adiós. Perdona esta carta tan larga y esta letra tan mala. ¿Sabrás leerla? Pero aún me parece que te he escrito muy poco. Quiero más, más, más.

Gracias, gracias, siempre. Viviré dándote gracias.

Hasta mañana, ¿sabes?, hasta ahora, te escribiré.

2

[Manuscrita]

[Madrid,] martes [2 de agosto de 1932]

Ayer, primer día de clase de literatura contemporánea,³ sin público, sin nadie. ¿Dónde estaba *mi* público? Tenía delante rostros torpes, ininteligentes, feos. ¿Dónde estaba *mi* sonrisa, *mi* rostro medio vuelto, *mi* inteligencia hecha persona, hecha delicia en atención? Me pasé el tiempo de clase diciendo una conferencia a la ventana, a lo que veía por la ventana. Al fin y al cabo, como mi voz es fuerte y Valencia no está lejos —500 kilómetros— puede ser que de pronto caiga en mis oídos alguna de esas frases sustanciales (por ejemplo: «en tres épocas podemos dividir la producción de este autor») que yo pronuncio. Puede que recobre *mi* público. Pero, no, ¿sabes?, te cuento esto así un poco en broma, pero te aseguro que tu ausencia era la mayor presencia de la clase, ayer. No estando la llenabas toda. Y yo pensaba en la hermosa frase «forma de la huida».⁴ Ayer la clase era una forma más de tu huida; y tanto más dolorosa cuando que por ella viniste, cuando fue el lugar del mundo designado por los dioses —¡sí, sí, por los dioses!— para tu aparición sobre la tierra. ¡Momento mágico, inolvidable en que yo vi surgir lentamente, de la nada, unos ojos, unos labios, un cuerpo, un ser humano detrás del cual sentí temblar una luz intacta, pura, nueva, de la vida! Te aseguro que la Mitología, que me gusta mucho, jamás ha hecho nada tan perfecto. Ningún nacimiento de Venus —ni el relieve griego, ni Botticelli⁵— tiene ese patetismo, esa profundidad de sentimientos, que el verte a ti nacer,

no sé de dónde, del olvido, de lo inexistente, del cielo, o más bien de ti misma. Sí, porque naciste de ti misma. Yo vi primero tus apariencias corporales. Fueron como el signo, como la seña indicadora. Pero luego poco a poco, según te miraba empecé a ver cómo de tu propia carne, de tu propia figura salía el ser nuevo, nacía la criatura revelada. ¡Prodigio, milagro, asombro! Y lo más raro es que todo ello se verificaba, sucedía, sin que nadie se diera cuenta, más que yo —ni tú siquiera—, en un lugar y ambiente que nada tenían de milagrosos, en una clase... Nadie notó nada, nadie advirtió nada. Pero aquella noche, al salir de clase, el mundo llevaba encima una ilusión nueva, un anhelo más. Te aseguro que yo creí que no lo sabrías nunca. Que pensé en que pasarías por mi lado sin poder yo acercarme a tu altura divina, lejana y superior, como las diosas y los más altos deseos. «¿Lo sabrá alguna vez?», me pregunté por dentro. «¿Lo sabrá cómo la he salvado del resto del mundo, en mí?» Y ahora te lo pregunto: «¿Lo sabes, lo sabes, lo sabes?».

Pedro

[En los márgenes]

Tengo tu postal de Valencia. Gracias, gracias. Hasta mañana, hasta ahora mismo.

3

[Manuscrita]

[Madrid, 3 de agosto de 1932]

¿Te vas acostumbrando ya a mi escritura, a esta terrible letra mía? ¡Pobrecita! Tú que has aprendido tantas cosas, latín, alemán, francés, ¡qué sé yo!, tener ahora que aprender a leer. Enredarte en estos garabatos con que yo intento expresarme por escrito. ¿Crees tú que se pueden escribir cosas bonitas con esta letra? Yo no. Por lo visto mi destino es estar siempre dándote las gracias, porque al final de cada carta digo, aunque tú no lo digas, «gra-

cias, gracias», por haber llegado al final de esta carrera de obstáculos. Katherine, ya te lo he dicho: soy un carácter difícil, pero acaso más que en nada en mi letra. ¿Tendrás paciencia, no te cansarás de leerme nunca? Y te advierto que *je te soigne*. Mi auténtica, mi verdadera letra es mucho peor que ésta, sí. Pero quiero *darte facilidades*, no asustarte demasiado. Y si vieras cómo me aplico a escribir con cuidado, separando bien las letras y las palabras, muy atento, como cuando tenía ocho años y en el colegio hacía ejercicios de caligrafía. Tenía que examinarme, ¿sabes?, de ese horrible arte de la caligrafía. Escribía hermosas planas que no decían nada, planas abstractas, gratuitas, inútiles, con nombres de países, de ríos, etc. Muy bonito, mira: «Europa... Danubio... Canadá... Tajo... Gran Bretaña...». Y el maestro me dijo una vez con aire de desolación: «Tú no tendrás nunca buena letra». Yo entonces me desesperaba, quería triunfar. Pero no pude. Luego más tarde me lo he explicado. Es por la eterna lucha de instinto y razón. Mi letra la hago con mi pulso, con mi ritmo, con el ritmo de mi sangre. Y el maestro quería imponer a ese profundo ritmo mío, la regla, el orden, la razón. No, no ha sido posible, Katherine. Aquí me tienes hoy, escribiéndote, como a los ocho años, con el ritmo de mi sangre, con el pulso mío, con ese impulso que no viene de lo racional, de lo impuesto, de lo aprendido, sino de lo espontáneo, de lo primitivo, de lo último y más profundo. ¿Entenderás esta letra? ¿Ésta, pura, elemental, no dominada por los años ni por la experiencia, no vencida por el uso, esta letra bárbara, original, la *primera* mía? Porque esta letra apasionada, turbulenta, loca, con que te escribo, es la *mía*, la más *mía*. Ojalá la comprendas y quieras comprenderla siempre.

Pedro

Recibí tu postal.

¡Qué deliciosa! ¡Lo b-a-r-r-o-c-o! ¡Qué bien te acordaba! *Dearest, dearest!*

4

[Manuscrita]

[Madrid, 7 de agosto de 1932]⁶

¡Sí, Katherine, qué terrible, la salida de la clase, ayer, yo solo! Había un cielo maravilloso de esos cielos de Madrid, que son como la única ternura que se permite el paisaje austero. Indecisión de luces y sombras. La misma hora en que bajamos la escalerilla, entre el día y la noche, en ese momento que tanto me conmueve. ¿Sabes por qué? Porque es una hora en que parece que todo va a dejar de ser lo que es. Las formas de la naturaleza, árboles, masas, líneas, pierden su contorno exacto, se desdibujan, se revisten de apariencias nuevas. La noción de las distancias y de los tamaños se altera. Y todo parece estar escapando de lo que fue de día, de la obligación de ser como se es. Así, Katherine, dos seres humanos en esa hora dejaban también de ser lo que eran, se hundían en lo indeciso de la noche, perdían la idea de las distancias, de las realidades, inventaban una realidad nueva. Los deberes del día, los nombres, los quehaceres, todo quedaba atrás, borrado, perdido como las líneas de la montaña, en la gran vaguedad nocturna. Ya no tenían esos dos seres nombres ni oficio, ni deberes, ni historia. Ya no estaban encerrados en sus límites infranqueables. Por esa escalerilla, en esa hora se salía del mundo de «lo todo posible». ¡Entrada al milagro! Todo en ese momento descansa, se liberta de su jornada. Permiso para la fantasía, todo puede ser verdad. Como no se ve nada claro con la luz de fuera se encienden todas las luminarias exteriores, los grandes faros del alma. Tú sabes, mejor que yo, lo que es caminar de noche, con las propias luces. Sin ayuda, sin colaboración de la luz de fuera, siendo nosotros mismos los que nos alumbramos. ¡Qué ilusión, creerse que el mundo no es más que lo que nosotros cogemos en nuestra luz, que a derecha e izquierda no hay mundo, que vivimos de lo que alumbramos! Pero, ¿como ilusión? No, no, verdad. Vivimos de lo que alumbramos, no de otra cosa. Vivimos de la luz que nosotros mismos echamos por delante, para que nos invite a avanzar. ¿No es así, Katherine? Sí, Katherine, sí. Vive, vive de tu luz, no de la exterior. Vive de lo que tú misma iluminas con tu espléndida alma. ¡Qué gozo si yo puedo

ayudarte a eso, a iluminarte con tu alma! ¡No con la mía, con la tuya! ¡Pero por miedo, por miedo tan grande, Katherine! ¡Si tú lo vieras! Miedo a que me olvides, sí, te lo digo francamente, a que me olvides. Miedo de cada día, de cada minuto. ¿Pueril, sentimental? No lo sé, ni me importa. Pero, ¡qué terror, pensar que en este instante, en esta hora, en no sé dónde, el olvido está trabajando contra mí, está deshaciéndome! Di mucho, en medio de la noche, lo pienso, a veces. Surge la pregunta angustiada. «¿Me estará olvidando, ahora, ahora, en este instante?» ¡Qué sensación de morir, de morir lejos de sí mismo, de estarse muriendo lejos, mientras se sigue muriendo aquí! Es no saber si se está vivo o muerto, si arrastra uno consigo un cuerpo, un fantasma, un alma, no lo sé. Perdona, perdona, esta carta absurda y apasionada, excesiva, tan mía. Que rompa en ti como el mar en la arena, suavemente, sin violencia, que al llegar a ti, tu divina naturaleza equilibrada la convierta en caricia y no en queja.

Pedro

[En los márgenes]

Acabo de recibir tu carta. Gracias, gracias, siempre. Qué encanto, toda, qué milagro, toda. Escribes como eres. Pero quiero tu ser, tu ser, más que tu escribir.

¡Quisiera, por Dios, un retrato tuyo!

Señas desde el 10:
Sr. D. Pedro Salinas
Lista de Correos
Alicante

Y si quieres avisarme de que tengo carta allí, una postal a:
S.D. Pedro Salinas
Correo Santa Pola
Estanco
Altet (Alicante)

Yo pasaré un día sí y otro no por el correo en Alicante, de todos modos, por ver si hay carta, pero tú no te creas obligada a escribirme, eh, más que cuando *tú quieras*.

Dime siempre poco más o menos tus señas en los sitios donde vayas. Y tu fecha de viaje. Gracias y perdona. *Dearest!*

5

[Manuscrita]

[Madrid, 9 de agosto de 1932]

*Quand tu écris en espagnol tu fais des fautes; et pourtant, ton espagnol, tes lettres, sont sans défaut.*⁷ Es cierto. ¡Te expresas en ellas con tal naturalidad, con espontaneidad tan directa! Lo que admiré en ti desde el primer momento fue eso que no se puede decir lo mismo en español: tu *directness*. Pudorosa, fina, delicada, sí, pero *direct*, inequívoca. No me he equivocado un momento contigo, ni uno. ¿Dónde están tus errores? ¿Seré yo tu único error? Porque tú parece que tienes biológicamente un acierto, una verdad instintiva en todos tus actos. ¿Impecable? No sé. Más bien por encima de lo pecable, por encima del pecado. Como te dije, carne de paraíso, pero de paraíso reconquistado. No puedo concebir en ti el mal, lo feo, lo bajo, lo torpe. Lo rechazarías automáticamente, y no por razón moral, sino por razón vital. ¡Criatura de elección, sí eres! ¿Elegida por quién? ¿Para quién? ¡Si vieras, a veces, cómo sufro! Hoy es un día de esos terribles, de marcha, de preparación, de comprar, de encargos, de minutos contados, de cien cosas que hacer. De esos días en que se olvida todo en este pequeño tumulto de cosas insignificantes y necesarias. Pues bien, yo no olvido ni un momento. A pesar de esa turbamulta de ínfimos quehaceres está presente en mi alma, obsesivamente, lo mismo. Y «el hombre importante», como dice Miss B.⁸ que soy yo, sigue apagado, olvidado. Mira, anoche cené con el Ministro, para hablar de lo de Santander:⁹ eso me plantea no pocas cuestiones difíciles, muchas cosas en que pensar. Pues, bien, Katherine, esta noche pasada, no he pensado en nada de eso: otra idea, otra sombra, otra ausencia, me dominaban, entero. Los intereses generales, *the social work*, cedían el paso a un interés humano simple y absoluto. Releí tus cartas. Te buscaba a través de ellas, de la letra, de las palabras. Tus cartas son como un bosque encantado, ¿sabes? En todo se nota que tú has pasado por allí: todo, el suelo, los árboles, la luz, guardan el eco, el perfume de tu paso. Y ya voy como perdido, diciendo: «Ya está cerca, ya la voy a encontrar, acaba de pasar por aquí, veo la huella de su pie». Todo el bosque está lleno de tu presencia. Pero faltas tú. No te

encuentro. Avanzo, avanzo, atravieso la selva, y tú sólo vives en huellas, en ecos, en sombras, pero te me escapabas entre tus letras. Y vuelvo para atrás, vuelvo a releer la carta, esto es a recorrer la selva, a ver si, ahora, al doblar una hoja, al volver una frase, te hallo, divina, en cuerpo, y alma, dormida, como en mí, fábula mitológica. ¡Qué tonto!, ¿verdad? ¡Qué dolor me da pensar que vas a viajar aún por España, acaso por cerca de donde yo esté! ¡No sabes cómo correría, cómo volvería yo! ¿Y por qué no hacerlo, me pregunto? Ansias de carrera, de automóvil desenfrenado, de huida loca. ¡Qué disparates, perdona! Dime por dónde viajas, dime fechas, nombres de hoteles, todo lo posible para que pueda por lo menos hablarte por teléfono. Si pasas por Alicante, ciudad, dímelo, no lo dejes. Rompe, rompe esta carta, es más absurda, más loca que ninguna, rómpela, pero guárdame a mí, sí, porque tengo miedo, mucho miedo. De que no me guardes, ¿sabes? Ya sabes de qué, ya te lo dije el otro día.

Pedro

[En los márgenes]

¡Qué gozo escribirte hoy, salvar este momento de un día estúpido! Necesitaba escribirte, robar tiempo a los llamados negocios y ofrecértelo a ti, a ti, como en una salvación de mí mismo. Rompe, rompe, ésta.

Perdona la letra. Es peor que nunca. ¿La entiendes ya?

6

[Manuscrita]

[*El Altet,*] sábado [13? de agosto de 1932]

¡Qué terrible afán por *verte!* Claro que no llamo verte a mirarte cerca de mí, a poner mis ojos corporales en ti. No. Llamo *verte* a que aparezcas así, en tu ausencia, dentro de mi alma, tal y como tú eres, tal y como te veía en realidad. No puedo. Y es una tortura. Sé de memoria —memoria del corazón— todo lo que podría servir para describirte. Cada una de tus facciones, cada una de tus líneas cor-

porales la conozco en su belleza esencial. Color de tus ojos, línea de tu frente, de tu boca, aire de tu andar, son de tu voz. Todo, todo lo sé. No me falta ningún dato. Y, sin embargo, ¡qué dolor no poder llegar a tocar al ser mismo, con sus componentes! Te aseguro que es un verdadero trabajo de mi alma: busco tu *yo*, tu *totalidad*, tu ser, a través de las apariencias que lo componen, y que poseo. Y no lo hallo nunca. Es una verdadera manía. Comienzo a *trabajar*, a veces por los ojos, otras por el delicioso pliegue de la nariz —¡ésa que pretendías fea!—, otras por tu modo de andar. Busco pistas, caminos, entradas, y todo en vano. No logro jamás la *revelación* completa de ti. ¡Y si vieras cuánto me alegro de eso a veces! (¡Quizá para consolarme!) Digo que me alegro porque de ese modo sé que no me invento una Katherine imaginaria, dentro de mi fantasía, independientemente de ti. No. Mi Katherine necesita de *tu* realidad. Necesita de tu vida misma, de tu insustituible ser. No es un sueño, no es una ilusión. No es un producto de mi apasionada imaginación. Es una mujer viva que anda, que respira, que siente. Y sin ella toda imagen suya es imperfecta. Tú eres tu propia imagen. ¿Comprendes? Tú eres tú. Y eres más que tú. Tú y tu imagen al mismo tiempo. Siempre que te he mirado, Katherine, te he visto en ti, y más allá de ti, en tu segundo y último tú. ¿Es locura esto? No, no. Mi gozo supremo es haberte descubierto ese *doble* de ti misma. Eso es lo que yo llamo tu imagen. Ahora bien, esa imagen tuya sólo se revela en tu presencia. Por eso es tanto lo que das, ¿sabes? Al mirarte no me enriquezco solamente con lo que veo, sino con lo que *trasveo*.¹⁰ Pero sin ti, ni realidad, ni imagen. Sólo signos. Signos de ti, señales de tu existencia, *probabilidades*. Tú, lejos, eres sólo *probable*. ¿Comprendes mi dolor? ¿Comprendes mi busca furiosa a través de los recuerdos de tus formas, para dar con lo *seguro*? ¡Imposible! ¿Existe, no existe? ¿Ha sucedido lo sucedido? Sólo tu presencia, tu doble presencia, me daría el sí absoluto, el sí que convirtiese lo probable en lo seguro. ¿Ves de qué modo vives en mí? Desencadenas todas mis fuerzas espirituales, las pones en conmoción, en turbulento moverse, las echas a vivir. Eres, Katherine, un motivo de mi vida, en el sentido puro del vocablo. Sé que si me faltara *motivo* se cerrarían en mí muchas alas que se han abierto, se callarían muchos cánticos que empiezo a oír, se apagarían muchas auroras que están temblando en el horizonte. Y por eso tengo miedo, miedo, te lo digo porque es verdad, a vivir un día menos, ahora que vivo más, gracias a ti.

Pedro

[Manuscrita]

[El Altet, 14 de agosto de 1932]

En el campo. Al pasar por Alicante¹¹ recojo una carta. Espero ahora la de Madrid. Estoy triste, sí, triste. Desde Madrid a Palma hay mucha tierra, pero desde aquí, desde esta orilla, parece que detrás del azul del horizonte está al alcance la tierra donde vives. ¿Une el mar o separa? Une para separar; une por la vista, separa por el espacio. ¡Con qué sensación tan rara leo tu carta! Sí, Katherine, un principio, te dije, y eso quiero que sea, y no un fin. Un principio sobre todo para ti. *Incipit vita nuova*.¹² Una vida nueva, del alma, para ti, y yo, al lado, como el punto de partida de ella. ¿Me recordarás siempre como un punto de partida, Katherine? Yo no sé si esa vida nueva te alejará de mí, o no. Pero siempre me quedará la alegría de que partiste de mí. No importa que yo me quede quieto, inmóvil. Tú andarás, Katherine, y de cuando en cuando volverás la cabeza para mirar el lugar de donde saliste: yo. Eso me bastará, eso será mi recompensa. Verte vivir. ¡Qué gozo, verte vivir, vivir una vida alta y plena, consciente de tu valor y tu belleza del alma! ¿Tú no has pensado muchas veces en esos árboles que al borde de los ríos se inclinan sobre la corriente, y aún más permaneciendo clavados en la orilla, dan al río, al agua, su imagen para que se la lleve en sus ondas? Y yo pienso que el agua se lleva el alma del árbol, el ansia de cambiar, de caminar del árbol, y que el árbol, sus hojas, su flor, anda, anda, río abajo, y sólo deja en la tierra su forma material. ¡Estoy loco, verdad! Tú te preguntas, me dices, lo que he pensado. Yo no quiero preguntármelo. Lo sé. ¿Por qué dudas tú sobre lo que he pensado? ¿No lo sientes en ti? Yo lo siento en cada minuto. No puedo desprenderme de nada tuyo. Mira, por ejemplo, las cartas. Sería más prudente (perdona esa palabra) que yo no las hubiese dejado en Madrid y que las que reciba aquí las rompiese. Pero no puedo, no. Necesito conservar esta forma, de tu palabra, de tu vida. Unirme a ella, como la única prueba material de la verdad. Me parecería una cobardía tan grande, romperlas. Pero por encima de la cobardía, es que me son necesarias, ellas mismas, en su forma real, como en ti me son ne-

cesarias tantas cosas en tu forma real. Adiós, Katherine. Estoy desasosegado, inquieto. Descanso, pero no descanso. Nado, como tú, nado mucho, me fuerzo hasta cansarme. Sí, te lo repito, vives en mí, como una fuerza nueva, como un mundo de impulsos, de ansias, de anhelos, de alegría y de dolores nuevos. Todo, todo. Sufrir y gozar, espíritu de presión y espíritu de renuncia, todo. Todo lo humano, pero recogido en un ser, en una criatura, hecho carne y alma. Eso siento, gracias, gracias, por esa vida nueva, principio, sí, comienzo no sé de qué, pero de algo grande en mí, de un aumento de vivir, de gozar, de padecer, de todo. Hoy firmo con más alegría porque te gusta mi nombre.

Pedro

8

[Manuscrita]

[El Altet,] domingo [14? de agosto de 1932]

Gracias, gracias, por tus cartas. Te agradezco todo en ellas. Desde el momento en que te sientas a la mesa para escribir, desde el movimiento que hace tu mano al ir a coger la pluma, hasta lo más fino y delicado que en ellas pone tu alma. ¡Para mí, todo eso, Katherine! ¿Es posible? Fuera, alrededor tuyo habrá cielo, sol o estrellas, belleza y silencio; o gentes animadas, diversión, sociedad; o libros o misivas esperando. Y tú, Katherine, me eliges a mí. Dejas todo eso para darme en el papel lo que no puedes darme en la presencia. Vivir es un constante elegir. El mundo nos presenta y ofrece un vasto repertorio de seres y cosas: el que vive verdaderamente tiene que estar siempre escogiendo. ¿Comprendes, pues, lo milagroso que me parece que viviendo tú entre cosas bellas escojas una, dos, tomes una pluma y me elijas a mí? Por eso te doy las gracias. Por eso tus cartas no son para mí papel, ni palabras, ni pensamientos. Mucho más. Milagros que caen sobre mí, y ante ellos me encuentro sorprendido, atónito, asombrado de ser yo, entre todos, el designado por tu gracia. Me decías ayer: «*You are my greatest reality*». ¹³ ¡Cómo he vivido en esa frase!

Como se vive en la mar, flotando en ella, nadando a través de ella, dejándome empapar por ella. ¿Sabes por qué esas palabras me han conmovido así? Porque para mí son como un certificado de existencia. ¡Soy una realidad! No soy un nombre, un empleo, un ciudadano, una sombra, un reflejo, no. Soy realidad. Tú me lo dices. Y ya con eso soy más, me aumentas, porque soy realidad en ti. «*My greatest reality.*» Y me siento orgulloso, alegre, con ganas de saltar, de correr, de vivir mucho. ¿Tú no sabes, Katherine, que yo dudo mucho de mi realidad? ¡De mi *verdadera* realidad! Cierto que estoy seguro de mi realidad física y social, de mis años y mis apellidos, de mis deberes y funciones. Pero, ¿y la otra, la íntima, la profunda realidad? ¿Soy yo lo que soy? ¿No me he dejado prendida, a lo largo del camino, entre falsas realidades, la más preciosa de todas, la radicalmente mía? ¿Existo aún, y soy, como tantas gentes, puro mecanismo, autómata, costumbre, nada? Para creer en nuestra propia diferencia es preciso que alguien crea en nuestra existencia. Creemos en nosotros, Katherine, a través de alguien que cree en nosotros. Mi realidad ahora, hoy, la siento, la creo, la quiero, porque tú crees en ella. No, yo no soy sombra, no soy eso de mí. Soy mi misma realidad, puesto que lo que soy [ilegible] mi realidad porque [ilegible] *greatest reality!* ¿Comprendes? A veces tengo miedo de que mis cartas te parezcan demasiado *serias, graves*, que no veas en ellas [ilegible] ligero. Y me pregunto: «¿Le gustará esto?». Pero es, Katherine, que no puedo hablarte de otro modo. ¡Eres para mí algo tan enormemente serio! Cuando estoy contigo bromeo, río, hago conversación ligera. Porque te veo a mi lado y no temo [ilegible]. Porque tú puedes, sólo con mirarme, ver lo que hay detrás. Pero ahora, de lejos, quiero que me veas como soy por dentro para ti, ¿ya sabes cómo, verdad?, *dearest, dearest*,

Pedro

[En los márgenes]

Ni ayer ni hoy he podido ir a la ciudad. No tenemos coche. Estoy todo el día pensando en si tendré carta allí. Mañana voy con cualquier pretexto.